



Leyendo a Jodorowsky

En mi próxima vida, quisiera tener a Jodorowsky en la cabeza. Nunca me sentiría sola, ni me abandonaría el humor; cierta acidez de la prosa me llenaría de interrogantes, de seguro la inteligencia extraería alma hasta de las piedras.

Leo con placer *Sombras al mediodía*, su último libro de microcuentos, y cada página es un goce múltiple. Me detengo largo rato en *Arte marcial*, que me recuerda ciertas palabras de Floridor Pérez, acerca del oficio del poeta en este Chile mercantilista de fin de siglo, donde los egos son más grandes que los Himalayas, y los escritores compiten entre sí por el tamaño de sus "yoismos", olvidando el vocablo humildad, tan necesario a la hora íntima del enfrentamiento con las palabras.

Jodorowsky tiene conceptos magistralmente expuestos, alcanzando y hasta superando (desde mi escaso conocimiento del tema), a maestros del género como son Augusto Monterroso, Marco Denevi o Juan José Arréola.

Luego de leer estas irónicas *Sombras al mediodía* (a mediodía no hay sombra), no puedo dejar de sentir dolor y envidia. Como escritora, sólo me queda por cumplir la ambición del libro al que jamás corregiría nada, más dos externas y ególatras necesidades: una de ellas es escribir diez microcuentos buenos. Sólo he escrito uno, hace muchos años, y por más intentos que hago a diario no he vuelto a repetir la experiencia. Siempre pensé que al escribir diez, cualquiera podía morir en paz y considerarse escritor/a. El libro del que hablo es genial desde la primera a la última página. Mi amigo, el profesor Juan Armando Epple, engrosará sus múltiples estudios y antologías sobre el tema, fagocitándolos uno a uno, como corresponde.

Supongo que este libro me acompañará la vida entera, y lo agradezco. Pero no puedo dejar de compartir con ustedes el cuento más bello, el que me dejó impresa cada sílaba en el alma: *Arte Marcial*. Una vez le preguntaron a un guerrero invencible por qué se paseaba por las calles con un aire tan humilde. Mostró una mano extendida y contestó: "Mis dedos son cinco señores. Estos cinco señores se inclinan ante mí". Fue cerrando la mano hasta convertirla en un puño. "Mientras más humildes se hacen, más fuerza me dan".

Gracias, Jodorowsky, no hay nada más que decir. Los que vamos a morir *te saludamos*.